



AGUA DE LA MALA SUERTE  
AGUA DE LA BUENA SUERTE

Comedia en un Acto  
original de

EMILIO S. BELAVAL

Bastante en cavitado sin hallar el sentido  
de este tiempo sin tiempo que jamás es vivido;  
eternidad fluida que yace en mi presente,  
sin flor ni plenitud;  
el tiempo se me antoja crisálida demente  
asomada a la vidriera de la infinitud. E.S.B.

LA NIETA

MATUSALENO

CAINITO

ABELILLO

FAUSTINO

EL PASEANTE EN CIUDAD ESTRECHA

San Juan Bautista de Puerto Rico, víspera de un año  
sin cabeza, como descabezadas son las cosas que aquí se  
narran. Segunda planta de la casa de don Matusaleno Ras-  
tronuevo y de sus tres hermanos, don Cainito, don Abelillo  
y don Faustino. Los cuatro viejecitos tienen ya vividas  
varias generaciones, y de tanto vivir casi parecen niños y  
andan también un tanto sin cabeza, lo mismo que las hojas  
del otoño, las pesadillas de las campanas, las estrellas  
que cambian de rodilla al moverse en la infinitud; también  
vive en la casa un lucero hacendoso que cuida de los vie-  
jecitos con extremado amor; la nieta.-

La casa es una embrujada casa sanjuanera con cuatro  
puertas al fondo y un descansillo de zaguán postinero.  
Muebles suntuosos de colores demacrados; lámpara cabalística  
con lágrimas de dos siglos. Cerca del fondo, una mesa con

un rojo copón de cristal de Bohemia, una mayólica azul con jeroglíficos negros, una poncherita de plata para remojo de barba, vasija de vidrio con esmalte cuarteado y una jarra de losa; son los cachorros sacramentales, para tirar a la calle el agua de la mala suerte al sonar las últimas campanadas del año viejo.

Abelillo (asomando al balcón) - Exprime la noche su última hora. ¿Por qué tardará la nieta?

Cainito - Estará esperando en la repostería a que se esponje el bizcocho de pasas.

Matusaleno - O las rosquillas le pongan anillos a su gula.

Faustino - Tendrá alguien que salir a buscarla.

Abelillo - Yo no sé andar por la calle.

Cainito - Será que no quieres encontrarte a solas con el año viejo.

Matusaleno - Si te confunden con él, pueden apalearte.

Faustino - Si es necesario, irá en su busca nuestro hermano don Matusalén. Tiene todavía entero el bigote.

Cainito - Pero su corcova es más de limosnero que de caballero.

Abelillo - Haremos turno para esperar su llegada. Vé y asómate al balcón, hermano Faustino.

Faustino - (dirigiéndose al balcón) - La niña tiene trenzas y será fácil hacerla volar por los aires. (Haciendo una reverencia y protesta para alguien que pasa) Adios don

Teodorín, teodorero; esconda usted ese ceño de sepulturero.

Abelillo (mirando por encima del hombro) - El vejete se ha enfurecido.

Faustino - Ahora tendrá que meterse en el nido a sudar rabias de mandarín.

Cainito - Cada día tu rima es menos feliz.

Faustino - Recuerde usted, don Cain, que aquí no hay quijada de burro.

Cainito - Pelearé contigo cuando quieras.

Faustino - Propóngote un duelo a almohadazos.

Abelillo - No, por favor; dejarán el aire lleno de plumas de ganso.

Faustino - Ten, don Abel, tu lengua de cascabel.

Abel - Debo defender a mi hermano, aunque buena fama no tenga.

Matusaleno - Ha de llegar la niña sin que encuentre algo de su fiesta preparado.

Abelillo - ¡A trabajar! ¡A trabajar!

Matusaleno - ¿Quién traerá el agua?

Cainito - Tendré que ser yo por ser el más fuerte.

Matusaleno - Yo tengo las manos más avezadas a los ovillos del tiempo.

Faustino - Llevo tanto tiempo sin morirme que se me ha olvidado como pasa junto a nosotros el tiempo.

Matusaleno - Caminando hacia atrás aún cuando creamos que camina hacia adelante.

Abelillo (moviendo los cascabeles de su quasa) - Atención, señores; acaba de abandonar el andén, un nuevo pasajero. Casi no se oye su pisada.

Cainito - Pega bien la oreja al suelo y oírás su suela de guano caminando por tu desvelo.

Abelillo (pegando la oreja al suelo) - No se oye nada. El silencio se ha puesto hueco.

Faustino - Procura adiestrar tu oído. El tiempo tiene su paso acolchado entre las ~~granas~~ de los siglos.

Matusaleno - ¿Has oído alguna vez resbalar una lágrima por los párpados de piedra de una quimera?

Faustino - ¿Vibrar un cuerpo etéreo al desaparecer en el fondo del aire?

Cainito - ¿El rumor que deja tras de sí una visión al quitarse sus guantes de fantasma?

Abelillo - (Desolado) El tiempo nos ha abandonado.

Matusaleno - Pega tu oreja en la pared, si quieres encontrar el eco de una pisada. Las paredes suelen ser más fieles.

Abelillo - Sólo se oye un diálogo de amor entre dos pollas.

Cainito - (Intrigadillo) - Me gustaría escucharlo. Las cosas del amor son siempre sabrosas.

Abelillo - (con trabajosa malicia) La polilla dama ha quitado la colcha árabe de su cama.

Cainito - ¿Y que más?

Abelillo - El polilla varón, ¡que incorrecto!; acabó de ponerse el casacón.

Cainito - ¡Oh no!

Matusaleno - Mira hacia el techo, por si acaso, el tiempo se ha pegado a las resinas del cieloraso.

Abelillo (con un pescuezo bien estirado) - Sólo veo una araña peluda que saluda cual si fuera la luna.

Matusaleno - ¿Cuándo nació el tiempo, Fausto?

Faustino - El tiempo aún no ha nacido, don Matusalén.

Cainito - Entonces, ¿por qué apurarse por el año que ha de morir esta noche?

Faustino - ¿Cuándo es esta noche? ¿De qué estrella fría se desprendió esa arista del milenio que ahora tú llamas esta noche?

Cainito - Un calendario le prestó su última arruga.

Faustino - ¿Y qué? La noche es eterna.

Abelillo - Todos los años el almanaque le presta doce escaleras.

Faustino - Para que necesita una escalera quien puede volar sobre la eternidad.

Abelillo - (Confuso) No sé.

Faustino - Echa a volar la última hoja del calendario, rompe la escalera del almanaque y tendrás, alrededor tuyo, un tiempo que no camina hacia adelante o hacia atrás.

Abelillo - ¿No existe, pues, el presente?

Faustino - De repente, te has quedado sin presente. Tu presente es sólo la última sílaba de la palabra que todavía no has tenido tiempo de pronunciar.

Cainito - Voy por el agua antes que me coja el pasado

(Sale)

Faustino - Pega un salto, don Caín. Ahora mismo está pasando tu pasado.

Matusalen - (Con legítima curiosidad de viejo) ¿El tiempo es joven o es viejo?

Faustino - Como el cielo está virado al revés, cuando morimos, renacemos. Mientras más viejo más niño.

Matusalen - ¿No es así en la tierra?

Faustino - No es así; aquí, el tiempo es cual un anciano reumático, armado de dos temblorosos prismáticos, poniéndose unos botines sin saber si son de jueves o de domingo.

Abelillo - Trabajoso destino.

Faustino - Tiene que esperar que las campanas de la Catedral, lo metan en el casimir, si quiere ir a rezar o a

morir.

Matusalen - (Amoscado) Tú eres pariente del diablo, doctor Fausto.

Abelillo (Persignándose) Yo le he visto pintarse las cejas con azufre.

Matusalen - Vade retro.

Faustino - Llegando está el caballero de la mala suerte y nada hemos preparado.

Cainito - (Entrando) Aquí está el agua.

Abelillo - Partirlas debemos, hermano, mientras improvisamos coplas a la gobernación.

Faustino - Va un sombrero de copa por la señora Gobernadora:

Ay Inés, si breve tiene la mano  
Quien luce tan breve pié,  
Puede sentir la escalera  
Cierto anhelo cortesano  
Y antes de besar tu mano  
Se incline a besar tu pié.

Abelillo - Va un copetillo por la señora Alcaldesa.

Doña Felisa  
muerta de risa  
se asoma al balcón;  
abanicando sus risas  
con un pericón.

Risas y loores por la improvisación del galante doctor y el manso Abel.



Matusalen - No viene la niña. Me siento intranquilo.

Faustino (Con cierta tristeza)- Este año no traje amores para la niña'

Abelillo - Ya tendrá amores el año que viene. Echa agua aquí, don Caín, para que se asome en el fondo de la jarra, tu cara de querubín.

Cainito - Te voy a dar un golpe...

Abelillo - No sería la primera vez, hermano. ¡Ay! Acabo de recibir una mordida en esta mano. ¡Ay! ¡Ay! Te he de castigar, condenado sapo. Restrayaré tus aguas sobre el empedrado y saldrás cojeando hacia la muralla.

(Don Abelillo se dirige al balcón y vierte sus aguas sobre el empedrado. No es saño, sinó saltamontes, el que se escurre del torrente de agua. Quien se queja abajo es El Paseante en ciudad estrecha, caballero que, a juzgar por el percance, lo persigue la mala suerte.)

El Paseante (vociferando desde la calle) - Maldito aguador, subiré a darte unos azotes.

Abelillo (alarmado) Le cayó el jarro entero sobre las hombreras.

Cainito - Escóndase, don Abel, antes de que llegue el basilisco.

Abelillo - Nada ganaríamos con cambiarle la sotabarba al mojicón.

(Sube el Paseante en ciudad estrecha y al ver la estatura menuda y el medroso susquín de los viejecitos, se queda un tanto perplejo.)

El Paseante - ¿Qué este esto? ¿Hay duendes en la calle de San Francisco?

Matusalen (con cierta menuda altivez) - Se equivoca el señor caballero; ni cintura de salpiche ni sangre verde, tengo.

Faustino - El último duende que había en esta ciudad, se lo llevó a España la princesa Eulalia.

El Paseante - ¿Quiero saber quien es el que responde en esta casa?

Matusaleno - Yo soy el mayor y de algo debe servirme el nombre.

El Paseante - ¿Como os llamáis?

Matusaleno - (Enfático) Matusalen Rastronuevo, jefe de esta familia que de tanto envejecer nos hemos visto manguados al tamaño que aquí véis. Tengo propiedades; las tres últimas puertas con trampas de verdura del Pasaje Matienzo son condominio mío; tengo amén que bien, cuatro bastones con puño de oro, un paletó de Piel de Rusia, anteojos de nácar y filigrana de plata con bolsillo de piel de ante. Todo podría estar sujeto a la indemnización.

El Paseante - Un momento, don Matusalen, Ando más en busca de un duelo que de vuestros dineros. ¿Que estatura tiene

quien tiró el agua desde el balcón?

Abelillo (Con delicado remordimiento) Yo fui, señor Paseante y como véis apenas tengo cuerpo que brindar a vuestro enojo.

El Paseante - Yo no puedo batirme con vos.

Abelillo - Lamento ser tan chupedillo de cuerpo. Tal vez podáis apalearme.

El Paseante - ¿Como explicar vuestra absurda conducta?

Abelillo - Vi nadando sobre el agua un sapo, que para burlar mi venganza se convirtió en saltamontes, y a fin de evitarnos el susto a la media noche tiré a la calle el agua de la mala suerte, a prima noche, con tan mala suerte...

El Paseante - Con tanto desatino que me abrió una riada en el peto.

Faustino - Si el señor no tiene prisa, podemos plancharle el pantalón y aplancharle la camisa.

El Paseante - (un tanto extrañado) ¿Sabeis planchar?

Faustino (agarrándose a su solución) - He planchado las nubes del estío, las hojas del yagrumo en el desvío, las arrugas del viento. Podría además aplanchar vuestro sombrero y en su copa poner a brillar el firmamento.

El Paseante - ¿Y si me resfrío?

Cainito - (Ensayando en la poética) Le serviremos glo-

bulones de aceite de bacalao como si fueran bombones de miel.

Faustino - O si prefiere la terapéutica sueca, junto podremos bailar un rigodón:

- A bailar, petrimetres, a bailar,  
Este es el rigodón  
De la plancha con la artesa  
Del añil con el botón;  
Del azufre con la bora  
El hiladillo y el almidón.
- A bailar, petrimetres, a bailar.

El Paseante - (Empezando a sucumbir al mal humor) No quiero ofender a los pimpinetos aquí presentes; prefiero debatir este asunto con un hombre completo.

Faustino - Caballero enchumbado, sois bastante osado.

El Paseante - Sólo puedo escoger el insulto.

Faustino - Y yo escojo batirme, ahora mismo, con el caballero. Traiga usted mi sable, señor Caín.

Caín - ¿Y con que arma se batirá él?

Faustino - Le basta con la que lleva en la boca. Tiene en la lengua su mejor florete.

Caín - Procuraré remediar las armas. No sé ... si al menos encontrara una quijada de burro. (Sale)

Musaleno - Un hombre joven hubiera simplificado el debate.

Abelillo (Con mansa culpa) - Si el señor Paseante atendiera a mis razones, todo esto podría evitarse. Entre el señor

Faustino y yo podríamos aviarlo.

Matusaleno - Quitese el chaqué y hagamos la prueba.

Paseante - Bien, acepto, pero todo debe quedar aplanchado antes que llegue el año.

Abelillo - (Casi le arranca el chaqué, corriendo hacia las planchas) Diez minutos antes, estará usted más aplanchado un redingote de palacio.

Faustino - Además le daré una gota de la colonia que me regaló doña Concha Berrocal para ir a recibir el General Weyler.

Paseante - No debo despojarme de mis pantalones ante estos señores.

Faustino - (Señalando a un lateral) Entre usted en esa habitación y tendrá a su disposición tantas mamparas como las que suele tener un mandarín.

(Entra el Paseante en una estancia que parece estar preparada para un sortilegio. De pronto, alguien se da cuenta, que se ha hecho algo inconveniente.)

Matusaleno - San Blas, prepara un grito que deje al pecador contrito. Hemos metido el huésped en el único sitio en que no ha debido entrar.

Faustino - (Cae en cuenta y corre hacia la puerta) - Señor Paseante tenemos que mudarlo de estancia.

El Paseante - Demasiado tarde. (Saca una mano y tira los pantalones)

Faustino - (agarrando los pantalones) - Trae acá, soy yo quien debe achicharrarse las manos. (Sale corriendo hacia el cuarto de plancha)

(Sale Caín con dos troncos de almacigo que ha encontrado en la carbonera que lo mismo pueden servir de ases de bastos que de floretes.)

Matusaleno - (Hablándole al paseante, dentro) Señor Caballero, hemos cometido una licencia que no se estila ni en el teatro clásico. Tiene usted que salir de esa alcoba inmediatamente.

El Paseante - (Dentro) No puedo; estoy casi en cueros.

Caín - ¡Hombre impúdico!

Matusaleno - (suplicando con energía) Cúbrase con lo que pueda antes que regrese ...

El Paseante - ¿Antes que regrese quien? ¿Tendré la suerte de toparme esta noche con una persona cuerda?

Caín - Muy cuerda y muy dura de genio.

El Paseante - Apremie usted al planchador y yo me aplicaré en exprimir los hiladillos. Es lo más que puedo hacer.

Matusaleno - Estamos frente a un problema macabro. Tendremos que pegarle fuego a ese hombre. Se explicaría mejor la situación, el haberse despojado de la ropa el haber arras-

trado nosotros el cadáver hasta la alcoba.

Cainito - (Con las de Caín a punto de sulfurar) Salga usted de ahí, so mangante.

El Paseante - Después de mirar ciertas cosillas me voy explicando mejor la situación. ¿Es aquí donde duerme el hombre de la casa?

Matusaleno - Huelgan las burlas, señor mío. Salga usted de ahí.

El Paseante - Saldré, saldré; mientras yo me avento el perfume de la estancia, mándele usted una súplica a mis pantalones.

Matusaleno - Vaya usted, señor Caín y mire a ver como andan esos pantalones.

Cainito - En manos del doctor Fausto debe haber quebrado ya la tintorería. (Sale corriendo, claro está)

El Paseante - Bueno, por lo menos, tengo ya puestas dos medias a poco mojar y unos calzoncillos secos.

Matusaleno - Ha sido un lance poco afortunado.

(Empieza a avivarse en la calle, el juego popular del año viejo y el año nuevo.)

Paseante - ¿Que ruido es ese, señor?

Matusaleno - La calle se prepara para despedir al año viejo.

Paseante - Todos los años es lo mismo.

Cainito - En las casas donde ha habido felicidad, se vitorea el paso del año viejo; en las otras tiene él que taparse la cara para que no le vean el bochorno.

Paseante - Bochorno, ¿por qué?

Matusaleno - Allí queden las viudas del año, las enamoradas que han roto amores, las enfermedades, los billetes de la lotería sin premio.

Paseante - Y desde arriba el agua que se tira para fastidiar a los viandantes.

Matusaleno - (Severo) Se tira el agua para que al correr el agua se lleve la mala suerte con ella, señor.

Faustino - (saliendo con un pantalón que bota fuego) - Siete minutos antes llegó. Todavía puede lucir este pantalón cinco minutos del año viejo.

Abelillo - Aquí está el chaqué.

Matusaleno - (De vuelta a su miedo) Apresúfese que sianto pasos.

Paseante - Tengo casi cerrado el pantalón.

Faustino - Salga y acabará de vestirse en el cuarto de los roperos.

Paseante - Deje colgarme, al menos, el detente y recoger el portamonedas.



(Sale la nieta como un bólido en busca de su traje de tafeta y sigue para su cuarto sin pararse a tomar aliento. Los viejecitos se persignan y se vuelven de espaldas a esperar la tempestad.)

Nieta - ¿Quién es usted? ¿Como se ha atrevido entrar en esta alcoba.

Paseante - Señorita, yo ... (amoscado por el furor de la niña)

Nieta - Mal caballero es el que violenta el recato de la alcoba de una señorita. Fuera, miserable, ¡fuera!

(Primero vuela un zapato; después vuela el cinturón; sale con igual premura, el chaqué, el cuello de celuloide, un plastrón. Por último, rojo de cólera, sale El Paseante.)

El Paseante - ¡Condenada pecorita! Chilla su garganta más que la sirena del vigía. ¿Quién es esa rabiscosilla?

Matusaleno - Ese es el hombre de esta casa.

Paseante - Cualquiera se mete con ella.

Abelillo - (Mansa modestia) Con su trabajo nos mantiene; con la dureza de su genio nos protege.

Cainito - Aunque sean de seda sus calzones.

Paseante - Por lo visto, me quedaré sin reparación.

Faustino - Comprenderá usted que su presencia en la alcoba de esa doncella, era menos que inexplicable.

Paseante - Bien, sólo me falta ponerme los zapatos y salir.

Abelillo - No debe usted irse sin tirar su agua a las doce de la noche. Podría tener mala suerte todo el año.

Paseante (mirando para la alcoba de la nieta) - No quiero exponerme a la tentación de tirarle el agua a alguien que yo conozco dentro de la casa.

Abelillo - (Con tímido reproche) No diga usted eso; podría dejarnos a todos cubiertos por la desgracia. El remordimiento lo haría enflaquecer.

Paseante - Bueno, señor Don Abel, tendré que tirar el agua. Ojalá moje a algun borracho bondadoso.

Faustino - Cuando hay canciones y mojigangas en la calle, todos aceptan la costumbre.

Paseante - Por lo menos ya tengo los zapatos puestos, por si acaso hay que correr.

Faustino - ¡Niña! ¡Niña!  
Apura la horquilla;  
¡Niña! ¡Niña!  
Aplasta el bandós;  
Si no tienes tiempo  
Ponle a tus dos trenzas  
cintas amarillas  
y a tus dos mejillas  
un polvo de arroz.

Abelillo - ¡Niña! Ya está el año viejo asomando su nariz por la esquina.

(Se abre la puerta y sale la nieta. Los rizos y las tafetas preparados están para continuar el sortilegio. Los viejecitos se acercan a ella cual si fuera una muñeca de cuerda enviada a un cumpleaños. Cuando la niña mira al joven caballero, tiene ya la mirada refulgente. Aprovecha don Abel la coyuntura para dejar al Paseante con mejor figura.)

Abelillo - Aquí, el caballero quiere presentarte sus respetos.

La Niña - Algo he visto ya de él.

Paseante - A los pies de la señorita, presentaré mis excusas.

Abelillo - (Deteniendo la cortesania con la mano)  
El caballero fue víctima de un descuido mío.

Faustino - Un saltamonte con más trinchante que un caramoncillo, iba a morderle la mano, y al tirar el agua hasta la calle...

Abelillo - (manejando contrito) Vertí sobre su chaqué la poncherita del remojo de barba.

La Nieta - Ahora comprendo el uso de la alcoba ...

Paseante - A pesar de saberme en el paraíso, mantuve mis ojos cerrados.

La Nieta (desentendiéndose) - Prepara agua también para el caballero. Apenas tendrá tiempo para formular un

deseo.

Paseante - Ayúdeme usted en el desear ...

La Nieta - ¿Que desea usted?

Paseante - Saber correspondido durante dos siglos, un amor que nació hace dos minutos.

(La nieta recibe el escopetazo con cierta tierna sorpresa. Sueña la primera campana de la Catedral, como si pretendiera sellar con doce obleas santas una promesa matrimonial. El diálogo del amor se pierde entre el retozo de los viejecitos, quienes se revuelven con la furia de unos niños supuestos a celebrar un juego completo en un corto asueto.)

Abelillo (Entregándole a la Nieta el copón de cristal de Bohemia) - Toma, niña bella, este florón.

Nieta - (besando a don Abelillo) Para tí será mi primer beso.

Abelillo - (Madrigalesco, a su modo) Huy, ¡que envidias se llevarán las arañas hasta las cañas del techo!

Faustino - ¿Quien quiere la mayólica azul con jeroglíficos?

El Paseante - (cogiéndola del aire) Yo; por si tengo que entretener un desvelo.

Matusaleno - Vamos todos que ya sonó la sexta campana.

(Cada uno de los viejecitos, con Nieta y Paseante, se dirigen al balcón. Empiezan a restrallar las alabanzas y las rechiflas de los vecinos al año viejo, coreadas en parte por los viejecitos de la sala.)

Voz (fuerte y jubilosa de hombre con suerte, en la calle)- Adios, año bueno. Ayude Dios tu carga de santo.

Faustino - (Coreando, desde arriba) - Adios, año bueno, ayude Dios tu carga de Santo.

Voz (de roña con carantoña en la calle)- Espero que te descabeces en el primer barranco que encuentres, año viejo usurero.

Caín (coreando, arriba) -Espero que te descabeces ...

Voz - (de anciano, todavía con voz completa, en la calle)

Gracias por no llevarme la cuenta.

Matusalen (Desde arriba) - Ese coreo me corresponde. Gracias por no llevarme la cuenta, buen año.

Voz (de vieja atiplosa, desde la calle) - No te debo ni un caramelo, año usurero.

Faustino - (burlándose desde arriba) A su edad, madama, vale lo mismo chupar caramelos que limones de cabro.

Abelillo (contando lentamente mientras las tres últimas campanadas del año viejo dan vuelta en la misma cuerda) -Diez, once, doce; ¡año nuevo! (Tirando su cacharro de agua a la calle junto con los demás) ¡Agua de la mala suerte corre en busca de la muerte! (El diálogo que sigue es simultáneo)

Faustino - Agua de la suerte buena saca mi alma de pena.

La Nieta - (dando vueltas alegres) ¡Feliz año! ¡Feliz año!

Paseante - Feliz año, estimados amigos.

Faustino - (Asomado al balcón) ;Feliz año, vecinos!

Cainito (abrazando a su hermano Abel) - ;Abelillo!

Abelillo - ;Cainito!

Faustino (abrazando a don Matusalen) - Que siga resollando en tu pecho de buey, la energía imperecedera, querido Matusalen.

Matusaleno - Gracias, don diablo. Unamos todos las manos para un voto solemne. Hacemos votos porque en esta casa nunca muera nadie (Ruido y más ruido, aunque sin pandereta).

Faustino - Siento otra vez el hormiguero de la improvisación. El motivo tendrá que ser el agua. Empieza tú Matusalen.

Matusalen - Por lo fino, voy . (Declamando:)

Alberca de yerbaluisa  
Brocal de los caballeros  
¿Por qué siempre van tus aguas  
Imaginando luceros?

Faustino- Retozo de cisternillas  
Riada de San Francisco  
¿Donde cierra sus varillas  
Tu tembloroso abanico?

Cain - Charca con banda de música  
De la Plaza de Santiago  
Tiende tu pontón al lodo  
Hasta que se caiga el diablo.

La Nieta - ¿Hacia donde va la cántiga  
De tu calado de hierro?  
Gota a gota la tinaja  
Sueña con ser sonajero.

Abel- San José y San Justo  
Quien bebe tus aguas  
Se cura la rabia  
Y muere de gusto.

Paseante- Un solo chubasco  
Tendrá tu fortuna:  
Si vives en Sol  
Te arroja la Luna ...  
Si vives en Luna  
Te levanta el Sol.

El Paseante - ¡Señorita!

La Nieta - ¿Contento el señor?

El Paseante - Embalsamado está mi pecho por una pasión.

La Nieta - ¿No es acaso la noche nueva propicia a la fantasía?

El Paseante - Necesito que me escuche usted seis palabras y me conteste cuatro.

La Nieta - Con tan escasas palabras es difícil condenarse.

El Paseante - Quiero casarme con usted. La adoro.

La Nieta - (Un poco animada por la dulzura del absurdo)

¿Sabe usted lo que significa casarse conmigo?

El Paseante - La más grande ventura que pueda esperar un hombre afortunado.

La Nieta - No, amigo. Tendrá usted que casarse conmigo y cuatro más; cuatro angelotes, que han aprendido a no morirse.

El Paseante - Cuando se complete este hechizo juntos estaremos todos. Con usted entra la casa, los cuatro ancianos que son las cuatro flores más bellas de la proejimidad, la virtud de la familia, la dulce gracia del vivir. Escuchad, señores, de Rastronuevo.

Matusalen - Parece que nos llaman. ¿Serán los angeles?

El Paseante - No; es un simple mortal que aspira a casarse con la niña de la casa. ¿Podrán ustedes compartir conmigo su amor, un sitio en la mesa, un banco en la iglesia, un antepecho de la casa, y cuando venga un niño compartir con ella y conmigo los mimos y los cuidados.

Abelillo - ¿Un niño, dice? Será como un regalo del año nuevo.

Faustino - ¿Con que vas a tener novio, nieta mfa? (Empiezan los besos)

Cain - ¿Cuántos refajos necesita una mujer para casarse?

Matusalen - Yo seré el padrino de la boda. Tengo una larga experiencia en esa clase de ceremonias.

Abelillo - Habrá que abrazar al novio, me imagino.



Paseante - Con grande acatamiento y devoción, don Abel.

Faustino - Tanto quejarse del chapuzón y el agua que le tocó era la de la buena suerte.

DonCaín - Y habiendo llegado el fin,  
Baja el telón, don Caín.

(Todos rien. Los novios, como se estila en tal ocasión, se toman de la mano, se buscan cada uno en ojos del otro y sonrien.)

EMILIO S. BELAVAL

Puerto Rico 1966

